

CECELIA AHERN

Autora de *Posdata: Te amo*

*Un lugar
llamado
Aquí*



Las personas desaparecen todos los días, algunas porque eligen dejar atrás antiguas vidas, y otras por razones más dramáticas. Las cosas también desaparecen: guantes y teléfonos móviles, carteras y maletas. En cada caso, alguien es dejado atrás. Alguien queda preguntándose que habrá sucedido.

Desde que su compañera de escuela Jenny-May desapareció cuando ambas tenían diez años, Sandy Shortt ha estado obsesionada con encontrar objetos y personas. Ahora, ya adulta, ha transformado su obsesión en su trabajo: ha montado una agencia dedicada a buscar personas desaparecidas. Pero cada caso no resuelto deja a Sandy muchas preguntas. ¿Dónde van las personas que desaparecen? ¿Están vivas o muertas? ¿Han decidido esfumarse o han sufrido un destino cruel? Mientras estas dudas la consumen, la propia Sandy desaparece. Y encuentra todas las respuestas en un lugar mágico al que van todas las cosas y las personas que se pierden.

Una historia encantadora, llena de misterio, emociones y sorpresas, con el personal estitlo que ha hecho famosa a la autora de Posdata: Te amo.

A ti, papá, con todo mi amor.
Per ardua surgo.

Una persona desaparecida es aquella
cuyo paradero se desconoce, sean cuales sean
las circunstancias de su desaparición.
La persona se considerará «desaparecida».
hasta que sea localizada, y su bienestar,
o lo contrario, verificado.

AN GARDA SÍOCHÁNA

1

Jenny-May Butler, la chiquilla que vivía delante de mi casa, desapareció cuando yo era niña.

La Gardai^[1] emprendió una investigación que condujo a una prolongada búsqueda pública. Durante meses, el caso aparecía cada noche en las noticias, cada día figuraba en la primera plana de los periódicos, en todas partes era objeto de todas las conversaciones. El país entero arrió el hombro para ayudar; fue la mayor búsqueda de una persona desaparecida que yo, a mis diez años de edad, había visto nunca, y pareció afectar a todo el mundo.

Jenny-May Butler era una belleza rubia de ojos azules que sonreía desde las pantallas de televisión de todos los hogares del país, y hacía que los ojos se llenaran de lágrimas y que los padres abrazaran a sus hijos estrechándolos un poco más de lo habitual antes de mandarlos a la cama. Estaba presente en los sueños y oraciones de todo el mundo.

También tenía diez años e iba a mi clase en la escuela. Yo miraba con atención su bonita fotografía en las noticias del día y escuchaba a los reporteros que hablaban de ella como si fuese un ángel. Oyendo cómo la describían, uno nunca habría imaginado que le tirase piedras a Fiona Hardy durante el recreo mientras la maestra no miraba o que me llamara «vaca con rizos» delante de Stephen Spencer sólo para que él la prefiriese a ella en vez de a mí. No, durante aquellos pocos meses se había convertido en un ser perfecto y no me parecía justo echar por tierra esa reputación. Al cabo de un tiempo me olvidé de todas las cosas malas que

había hecho porque ya había dejado de ser simplemente Jenny-May: era Jenny-May Butler, la dulce niña desaparecida de la encantadora familia que cada noche salía llorando en las noticias de las nueve.

Nunca la encontraron: ni el cuerpo ni el rastro; fue como si hubiese desaparecido por arte de magia. Ningún personaje sospechoso había sido visto merodeando, ningún circuito cerrado de televisión pudo mostrar sus últimos movimientos. No había testigos, no había sospechosos; la Gardaí interrogó a todo bicho viviente. La calle estaba bajo sospecha, los vecinos intercambiaban amistosos saludos camino de sus coches a primera hora de la mañana, pero en todo momento se hacían preguntas, especulaban e imaginaban cosas asombrosamente distorsionadas acerca de sus vecinos. Lavar el coche, pintar la cerca, arrancar malas hierbas de los parterres y cortar el césped los sábados por la mañana sin dejar de mirar alrededor, de reojo, suscitaba pensamientos indignos. La gente se escandalizaba de sí misma, le enojaba que el incidente le hubiese pervertido la mente.

Los dedos acusadores tras las puertas cerradas no proporcionaron ninguna pista a la Gardaí; no había ningún cabo del que tirar aparte de la bonita fotografía.

Siempre me pregunté dónde estaría Jenny-May, dónde había ido al desaparecer, cómo era posible que alguien se desvaneciera sin dejar rastro y sin que nadie supiera nada.

Por las noches me asomaba a la ventana de mi habitación y miraba hacia su casa. La luz del porche estaba siempre encendida, como si fuera un faro que pudiera guiar a Jenny-May de vuelta a casa. La señora Butler ya no podía dormir, y yo la veía perpetuamente sentada en el borde del sofá, como si estuviera preparada aguardando el pistoletazo de salida. Permanecía sentada en la sala de estar mirando por la ventana, esperando que alguien fuese a llevarle noticias. A veces la saludaba con la mano y ella me respon-

día con tristeza. Pero la mayor parte del tiempo no podía ver más allá de sus lágrimas.

Como a la señora Butler, a mí tampoco me gustaba no tener respuestas. Jenny-May Butler me caía mucho mejor una vez desaparecida que cuando estuvo presente, y eso también me interesaba. La echaba de menos, echaba en falta la idea de ella, y me preguntaba si no estaría en algún lugar no muy lejano, tirándole piedras a otra niña y riendo a carcajadas, y si lo único que pasaba era que no podíamos verla ni oírla. A partir de entonces me dio por buscar a conciencia todo lo que perdía. Cuando mis calcetines favoritos desaparecieron puse la casa patas arriba, mientras mis preocupados padres me miraban sin saber qué hacer. Al final resolvieron echarme una mano.

Me molestaba que, normalmente, mis cosas desaparecidas no aparecieran por ninguna parte, y en las raras ocasiones en que las recuperaba, como en el caso de los calcetines, me fastidiaba encontrar sólo uno. Entonces me imaginaba a Jenny-May Butler en algún lugar, tirando piedras, riendo y llevando mis calcetines favoritos.

Nunca quise nada nuevo; a partir de los diez años me convencí de que no podría reemplazar lo que había perdido. Y me empeñé en que había que encontrarlo.

Creo que pensaba en esos calcetines desaparecidos tanto como la señora Butler se preocupaba por su hija. Por la noche, yo también me quedaba despierta repasando todas las preguntas que no tenían respuesta. Cuando los párpados me pesaban y se me empezaban a cerrar, una nueva pregunta surgía del fondo de mi mente y hacía que mis párpados se abrieran de nuevo. El tan necesario sueño era mantenido a raya y cada mañana me sentía más cansada, aunque no por ello era más sabia.

Quizá por eso me ocurrió. Quizá por haberme pasado tantos años poniendo mi vida patas arriba buscándolo todo me había olvidado de buscarme a mí misma. En algún pun-

to del camino me había olvidado de quién era yo y dónde estaba.

Veinticuatro años después de que Jenny-May Butler desapareciera, también yo desaparecí.

Esta es mi historia.

2

Mi vida ha sido una suma de ironías. Así que mi desaparición no hizo más que añadirse a una lista ya de por sí muy larga.

Para empezar, mido casi dos metros. Desde que era niña siempre he sido mucho más alta que todos los demás. Nunca me perdía en los centros comerciales como los otros niños; nunca lograba esconderme bien al jugar al escondite; nunca me sacaban a bailar en las discotecas; era la única adolescente que no se moría de ganas de comprar su primer par de tacones altos. El mote favorito de Jenny-May Butler para mí —bueno, al menos uno de sus diez predilectos— era Papá Piernas Largas, y le encantaba llamarme así delante de su montón de amigos y admiradores. Créanme, me han llamado de todo. Yo era la clase de persona que destaca desde más de un kilómetro de distancia: era la más desgarbada de la pista de baile, la niña detrás de la que nadie quería sentarse en el cine, la que removía las tiendas en busca de pantalones con perneras extra largas, la chica que aparecía en la última fila de todas las fotos. Ya se ve: no hay forma de pasar desapercibida. Todos los que se cruzan conmigo se fijan en mí y me recuerdan. A pesar de todo eso, desaparecí. Poco importaban los calcetines desparejados, poco importaba Jenny-May Butler: que una gigante como yo no pudiera ser vista fue el colmo. El misterio que superó a todos los misterios fue el mío.

La segunda ironía es que mi trabajo consistía en buscar personas desaparecidas. Durante años trabajé como guarda. Con el deseo de investigar casos de personas desapareci-

das, pero sin formar parte de una división especial dedicada a eso, tuve que confiar únicamente en la «suerte» de tropezarme con tales casos. Es evidente que la desaparición de Jenny-May Butler desencadenó alguna cosa dentro de mí. Quería respuestas, quería soluciones y quería encontrarlas todas por mi cuenta. Supongo que la búsqueda se convirtió en una obsesión. Buscaba tantos indicios en el mundo exterior que ni una sola vez me paré a pensar en lo que estaba ocurriendo dentro de mi cabeza.

A veces, en la Gardaí encontrábamos a las personas desaparecidas en un estado que no podré olvidar durante el resto de esta vida y buena parte de la próxima. También había personas que simplemente no deseaban ser encontradas. A menudo descubríamos sólo un rastro; el resto de las veces, ni siquiera eso. En esas ocasiones algo me empujaba a seguir buscando más allá de lo que exigía el cumplimiento de mis obligaciones. Investigaba casos mucho después de que se hubiesen cerrado, mantenía contacto con las familias mucho más tiempo del debido. Me daba cuenta de que no podía pasar al caso siguiente sin resolver el anterior, y, como resultado, había demasiado papeleo y muy poca acción. Así pues, consciente de que lo único que realmente quería era hallar a los desaparecidos, abandoné la Gardaí y dediqué todo mi tiempo a buscar.

No se creerían la cantidad de gente que había con tantas ganas de buscar como yo. Las familias siempre se preguntaban cuál era mi razón. Ellos tenían una razón, un vínculo de afecto con los desaparecidos, mientras que mis tarifas apenas me bastaban para sobrevivir; de modo que si no era económica, ¿cuál era mi motivación? La tranquilidad, supongo. Algo que me ayudara a cerrar los ojos y dormir por la noche.

¿Cómo es posible que alguien como yo, con mis atributos físicos y mi actitud, desapareciera?

Acabo de darme cuenta de que ni siquiera les he dicho mi nombre. Me llamo Sandy Shortt^[2]. No pasa nada, pue-

den reírse. Me consta que tienen ganas. Yo también lo haría si no fuese tan puñeteramente triste. Mis padres me pusieron Sandy porque nació con la cabeza cubierta de pelo color arena. Lástima que no previeran que mi pelo se volvería más negro que el carbón. Tampoco sabían que aquellas piernecillas regordetas pronto dejarían de patear y comenzarían a crecer a toda velocidad y durante mucho tiempo. De modo que me llamo Sandy Shortt. Esa es quien se supone que soy, así se me identifica y así consto en todas partes, pero no soy ninguna de esas cosas. La contradicción a menudo hace que la gente se ría cuando nos presentan. Perdonadme si no soy capaz ni de sonreír. Veréis, no hace ninguna gracia estar desaparecida, y me he dado cuenta de que mi vida no ha cambiado mucho ahora que la desaparecida soy yo; cada día hago lo mismo que hacía cuando trabajaba: busco. Sólo que esta vez busco la manera de ser encontrada.

Pero he aprendido una cosa que vale la pena recordar: hay una enorme diferencia entre mi vida actual y la de antes, un detalle de vital importancia. Por primera vez en mi vida me quiero ir a casa.

Qué momento tan malo para darse cuenta de algo así. Esa es la mayor ironía de todas.

3

Nací y me crié en el condado de Leitrim, en Irlanda, el condado más pequeño del país, con unos 25.000 habitantes. Antaño capital del condado, Leitrim conserva los restos de un castillo y algunos edificios antiguos, pero ha perdido la importancia que tuvo y se ha convertido en un pueblo. El paisaje es variado: colinas marrones cubiertas de matorral, montañas majestuosas con amplios valles e infinidad de lagos pintorescos. Leitrim no tiene salida al mar; limita al oeste con Sligo y Roscommon, al sur con Roscommon y Longford, al este con Cavan y Fermanagh y al norte con Donegal. Cuando estoy allí, siento una repentina claustrofobia y un irresistible deseo de pisar tierra firme.

Hay un dicho en Leitrim que afirma que lo mejor que sale de allí es la carretera de Dublín. Terminé la escuela a los diecisiete años, solicité una plaza en los Guards y finalmente tomé la carretera de Dublín. Desde entonces, pocas veces he hecho el trayecto de regreso. Cada dos meses iba a visitar a mis padres a su casa adosaba de tres habitaciones, en aquella callecita sin salida y con doce casas donde crecí. En principio, mi intención era pasar allí el fin de semana, pero casi siempre me marchaba el primer día, sirviéndome de una emergencia en el trabajo como excusa para recoger la bolsa sin deshacer que había dejado en la entrada y conducir, conducir, conducir a toda velocidad por la mejor cosa que sale de Leitrim.

No tenía una mala relación con mis padres. Siempre me dieron todo su apoyo; estaban dispuestos a esquivar balas, a adentrarse en incendios y a escalar montañas si eso servía

para hacerme feliz. La verdad es que su actitud me incomodaba. En su mirada me reconocía, y eso no me gustaba. Me veía reflejada en sus expresiones mejor que en ningún espejo. Hay personas que tienen ese don: te miran y su cara te hace saber con toda exactitud cómo te estás comportando. Supongo que era porque me querían, pero a mí me resultaba imposible pasar mucho tiempo con personas que me querían por culpa de esos ojos, por culpa de ese reflejo.

Desde que cumplí diez años se habían andado con pies de plomo conmigo, me habían observado con cautela. Habían fingido conversaciones y risas falsas que resonaban por toda la casa. Intentaban distraerme, crear una atmósfera de relajada normalidad, pero yo sabía lo que estaban haciendo y por qué, y sólo servía para que fuera consciente de que algo iba mal.

Me apoyaban mucho, me querían mucho, y cada vez que había que poner la casa patas arriba para emprender una nueva búsqueda infructuosa, nunca daban su brazo a torcer sin antes resistirse amablemente. Leche y galletas sobre la mesa de la cocina, la radio sonando de fondo y la lavadora en marcha, todo ello para romper el incómodo silencio que inevitablemente se nos venía encima después.

Mamá me miraba con aquella sonrisa que no abarcaba sus ojos, aquella sonrisa que hacía que le rechinaran los dientes cuando creía que no la miraba. Con falsa naturalidad en la voz y con aquella expresión forzada de felicidad, ladeaba la cabeza, procuraba que no notase que me estaba estudiando con detenimiento y decía:

—¿Por qué quieres volver a registrar la casa, cielo?

Siempre me llamaba «cielo», como si supiera tan bien como yo que así como Jenny-May Butler no era un ángel, yo ya no era Sandy Shortt.

Por más acción y ruido que hubiese en la cocina para llenar el incómodo silencio, la cosa no parecía dar resultado. El silencio lo ahogaba todo.

—Porque no lo encuentro, mamá —contesté.

—¿De qué par se trata? —Con una sencilla sonrisa, fingía que aquello era una conversación despreocupada y no un intento desesperado de interrogarme para averiguar cómo funcionaba mi mente.

—Los azules con rayas blancas. —Prefería los calcetines de colores vivos e identificables para que fuese fácil encontrarlos.

—Bueno, quizá no metiste los dos en la cesta de la ropa sucia, cielo. A lo mejor el que andas buscando está en algún rincón de tu habitación.

Sonrió procurando no titubear, no tragar saliva. Yo sacudí la cabeza:

—Metí los dos en la cesta, te vi meterlos en la lavadora y luego sólo salió uno. No está en la lavadora y tampoco en la cesta.

Lo de tener la lavadora en marcha como distracción no tuvo éxito, y el electrodoméstico se convirtió en el centro de atención. Mi madre se esforzaba por no perder aquella plácida sonrisa mientras revisaba el contenido de la canasta en el suelo de la cocina: toda la ropa que había doblado estaba ahora esparcida y desordenada. Por un instante dejó caer su máscara. Podría no haberme fijado si hubiese pestañado, pero vi su mirada. Era miedo. No por el calcetín desaparecido, sino por mí. Pero enseguida volvió a encajarse la sonrisa, encogiéndose de hombros como si la cosa no tuviera importancia:

—A lo mejor se lo ha llevado el viento. La puerta del patio estaba abierta.

Negué con la cabeza.

—O puede que se haya caído de la cesta mientras la traía aquí —dijo.

Volví a negarlo. Tragó saliva y su sonrisa se tensó:

—Quizás esté entre las sábanas. Esas sábanas son muy grandes; es muy difícil ver un calcetín tan pequeño si está ahí.

—Ya lo he comprobado.

Cogió una galleta del centro de la mesa y la mordió con fuerza: hacía lo que fuera para borrar la sonrisa de su expresión afligida. Masticó un rato para fingir que no pensaba, que escuchaba la radio, mientras tarareaba la melodía de una canción que ni siquiera conocía. Cualquier cosa con tal de hacerme creer que no había ningún motivo de preocupación.

—Cielo —sonrió—, a veces las cosas se pierden sin más.

—¿Y adonde van cuando se pierden?

—No van a ninguna parte. —Volvió a sonreír—. Siempre están ahí, donde las dejamos o las olvidamos. Lo que pasa es que no miramos en el sitio correcto cuando las buscamos.

—Pero he mirado en todas partes, mamá. Siempre lo hago.

Lo había hecho, siempre lo hacía. Lo ponía todo patas arriba; no había un solo sitio en toda la casa que se hubiese librado de mis registros.

—Un calcetín no puede echarse a caminar si no tiene un pie dentro —dijo mamá, riendo con falsedad.

¿Lo ven? Igual que mamá se rindió al llegar ahí, casi todo el mundo deja de hacerse preguntas y de preocuparse cuando está en ese punto: algo se ha perdido, uno sabe que tiene que estar en algún lado y aunque lo ha buscado por todas partes sigue sin haber rastro. Así que lo atribuye a su locura, se culpa por haberlo perdido y acaba por olvidarlo. Yo era incapaz de hacer eso.

Recuerdo que mi padre volvió del trabajo aquella tarde y encontró una casa que literalmente estaba patas arriba.

—¿Has perdido algo, cielo? —me preguntó.

—Un calcetín azul con rayas blancas —fue mi respuesta, que llegó apagada desde debajo del sofá.

—¿Sólo uno otra vez?

Dije que sí con la cabeza.